

ó lo que es lo mismo, destruir en el mundo el reinado de Jesucristo, para que los individuos, y las familias y los pueblos se rijan y gobiernen por la razón libre de toda influencia sobrenatural y divina. Quiérese, en suma, que la razón sea la única soberana y dueña del universo, arrojando de las sociedades á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Salvador y Redentor de todo el género humano.

Ahora, en virtud de esta enseñanza, cada cual entre dentro de sí mismo y diga: ¿Qué soy yo, *cristiano ó racionalista?* ¿Quiero que impere en el mundo Dios y su Hijo unigénito Jesucristo, con su Iglesia amorosa y su ley divina y su moral sacrosanta, sometiendo las pasiones á la voluntad, la voluntad á la razón y la razón á Dios, para que haya orden, paz y felicidad en esta y en la otra vida, ó que sea declarada soberana y dueña del universo la razón del hombre, frecuentemente sobornada por las pasiones, anublada por los apetitos groseros, sujeta á mudanzas, trastornando de continuo el orden de los Estados, de las familias y de los individuos, haciendo de los cristianos apóstatas, de los apóstatas revolucionarios y de los revolucionarios demonios encarnados?

Lo dejo á vuestra consideración, amados míos, y concluyo diciéndoos con la Epístola de este día: «*Sed sobrios y vigilad; porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros, buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe... Y el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos.*» Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo IV después de Pentecostés.

#### Sobre los padecimientos.

**A**MADOS hermanos míos: En el capítulo VIII de la Epístola de San Pablo á los romanos, se propone el Apóstol mostrarnos que toda la vida del hombre cristiano se reduce á tres cosas:

1.<sup>a</sup> A reprimir las concupiscencias desordenadas de la carne, ó sea, á evitar lo malo; porque obedecer á dichas concupiscencias es muerte para el alma. (*Prudentia carnis mors est*, v. 6.)

2.<sup>a</sup> A obrar según el espíritu de Dios, ó sea á obrar lo bueno con espíritu de caridad, pues para eso nos fué dado el Espíritu Santo, Espíritu de filiación divina, para que amemos á Dios como Padre y obremos lo bueno con afecto de hijos. (*Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei*, v. 14.)

3.<sup>a</sup> Enséñanos, además, el Apóstol á padecer con el Espíritu de Cristo, afirmando que si ahora padecemos á semejanza de Cristo, seremos después glorificados con Él en el cielo. (*Si tamen compatimur, ut et conglorificemur*, v. 17.)

Pues bien; concretándose á esta última idea, dice el grande Apóstol en la Epístola de hoy: «*Entiendo que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros* (Rom. VIII, 18).» Como diciendo: Todas las tribulaciones y penalidades de este mundo, por grandes que sean, se acaban pronto, y después se recibirá en recompensa un gozo eterno en el cielo.

Fundándome, pues, en esta verdad consoladora, intento mostraros en esta breve exhortación dos cosas:

1.<sup>a</sup> La necesidad de las aflicciones.

2.<sup>a</sup> El lenitivo que las mitiga.

#### PUNTO 1.<sup>o</sup>

##### ES NECESARIO PADECER EN ESTE MUNDO

Habiendo el gran Apóstol de las gentes sido apedreado por los judíos, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, juzgando que estaba muerto; mas después, rodeándole los discípulos, se levantó y les dijo: «*Hermanos, por muchas tribulaciones es necesario que entremos en el reino de Dios* (1).» Notemos bien las palabras del santo Apóstol para que no andemos siempre quejosos en nuestros padecimientos.

*Es necesario—dice—padecer*, porque el Señor, en sus inescrutables designios, ha decretado que los adultos vayamos al cielo, por el camino de los sufrimientos. Querer ir á la gloria por las delicias temporales, ó, como dicen, por camino de rosas, no lleva camino; y, sin embargo, esto es lo que pretenden muchos cristianos ilusos. ¿Es posible que tengan sano el juicio?

(1) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (Act. Apost., XIV, 21.)

*Es necesario padecer*, porque, en más ó en menos, todos somos pecadores, y los pecados exigen penitencia, y cruces y tribulaciones. Misericordia de Dios es purificarnos en esta vida para no ser atormentados en la otra.

*Es necesario padecer*, porque en este valle de miserias estamos rodeados de numerosos é implacables enemigos, que juntos y separados, y ahora, y luego, y siempre, procuran nuestra ruina temporal y eterna. ¿Quién no sabe que *el demonio* nos acecha, que *el mundo* nos combate y que *las concupiscencias* no nos dejan punto de reposo? ¿Se puede, por ventura, hacer frente á sus acometidas sin padecimientos?

*Es necesario padecer*, á fin de que nos desprendamos algo del mundo, que tanto ilusiona á los sentidos corporales, y que despreciemos sus vanidades, dando siempre la preferencia á los bienes del espíritu, á las gracias divinas y á la bienaventuranza del cielo.

*Es necesario padecer*, porque el reino de Dios, tan hermoso y tan grande, no quiere el Señor dárnosle enteramente de valde, sino que es su voluntad divina que le compremos cooperando á sus gracias, y obrando lo bueno. La llave del cielo es la punta de la cruz, ó sea los sufrimientos por amor de Dios.

*Es necesario padecer*, porque Cristo nuestro Señor, que es nuestro Capitán, nuestro camino, nuestro modelo, ha abierto el cielo con los dolores de su pasión, con el precio de su sangre y con su muerte ignominiosa.

*Es necesario padecer*, porque los Santos y la Reina de todos ellos, la siempre inmaculada Virgen María, han elegido el camino del sufrimiento como el único seguro para llegar á la felicidad suprema de los bienaventurados.

*Es necesario padecer*, porque nuestra alma, como dijo San Agustín, tiene dos verdugos que le atormentan, alternando en su tarea para que nunca nos falten aflicciones, á saber: *el temor y el dolor*. Cuando disfrutamos de un bienestar, tememos perderle; cuando experimentamos males, sufrimos por ellos (1).

*Es necesario padecer*, porque el dolor nació con la vida y envejeció con ella, y no termina sino con el último suspiro. Todos los niños al nacer, dan un grito de tristeza; sus ojos lloran y con ese llanto anuncian que entran en una tierra de sufrimientos (2).

*Es necesario padecer*, porque como dijo Job, *la vida del hombre*

(1) Sunt duo tortores animae, non simul torquentes, sed sunt cruciatus alternantes, timor et dolor. Quando tibi bene est, times; quando male, doles. (S. August. in Psalm.)

(2) Primam vocem similem omnibus emisit plorans. (Sap., VII, 3.)

es un servicio de guerra, y sus días se parecen á los del obrero, que trabaja y suda diariamente para obtener el necesario alimento (1). ¿Quién no sabe por propia experiencia esto que vamos diciendo? Los ricos sufren, los pobres sufren, los de mediana fortuna sufren, y todos sufrimos sin que haya hijo de Adán que se encuentre exento de amarguras y dolores. Esta es la vida humana.

*El padecer*, pues, *es necesario*, y, como dijo San Agustín, «*toda la vida del cristiano, si vive según el Evangelio, es una cruz y un martirio* (2)». Las almas buenas sufren, no sólo por sus propias tribulaciones y miserias, sino también por las ajenas, y muy principalmente por las maldades de los impíos. Así lo exige la caridad divina: desean vivamente que todos los hombres conozcan, amen y adoren á Jesucristo, y su corazón se apena cuando ven que el divino Salvador es ultrajado y escarnecido por los mismos hombres. «¡Ah, Señor!—decía David.—He visto prevaricar á los hombres y me consumo de dolor.» (*Vidi prevaricantes, et tabescebam*. Psal. CXVIII, 158.) ¡Ah, Señor!—debemos repetir nosotros.—Nuestro corazón se llena de angustiosa pesadumbre al considerar las maldades del mundo en que vivimos. Ansia tenemos de que cesen tantas iniquidades.

Pero, ¿no podremos remediarlas en parte? ¿No habrá algún lenitivo para las tribulaciones de los hombres? Sí; le hay grandísimo, y eso es lo que ahora intento indicaros, poniendo á vuestra consideración las palabras de nuestra Epístola.

## PUNTO 2.º

### LENITIVO PARA LAS AFLICCIONES HUMANAS

Ante todo, conviene recordar que los sufrimientos, las cruces, los dolores, las tribulaciones y las pruebas, aunque reconocen por causa el pecado de origen, no deben atribuirse al demonio, ni á las concupiscencias, ni á un enemigo cualquiera, sino á Dios, nuestro Padre amoroso, que desde la eternidad las ha previsto y preparado á cada cual las suyas, según sabe que nos convienen para el supremo y principal negocio de nuestra eterna salvación. A unos les prepara éstas, á otros aquéllas, á todos muchas y á ninguno todas;

(1) Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies eius (Job., VII, 1.)

(2) Tota vita christiani hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est, atque martyrium. (S. August., lib. de Civit.)

porque El á todos nos ama entrañablemente, y nos reparte los males aflictivos con altísima sabiduría y con amorosísima providencia, á fin de que por medio de ellos nos asimilemos á Jesucristo, que sufrió y murió, y fué despreciado y abatido para enseñarnos á todos el camino del cielo.

Si alguno dudare de esta verdad, consulte las Santas Escrituras, y en ellas encontrará que el Real Profeta, hablando con Dios, le dice: «¡Ah, Señor! Nos habéis probado; nos habéis acrisolado al fuego, como se acrisola la plata»; y también leerá que el Santo Job, nos dejó para eterno recuerdo las siguientes palabras: «Dios me ha dado bienes y El me los ha quitado; como á El le agradó, así fué hecho. Sea el nombre del Señor bendito (1).» Donde se evidencia que estos que llamamos males terrenos, vienen de Dios; unas veces directamente, y otras mediante las criaturas, pero siempre con providencia amorosa, siempre con misericordia, siempre para nuestro bien, y aunque en cierto sentido sean males, está en nuestra mano tornarlos en bienes. A los que aman á Dios, todas las cosas sirven para su provecho. Por esta razón no dice Job: «Dios me ha dado los bienes, y el demonio me los ha quitado», sino: «Dios me los ha dado, y Dios me los ha quitado. Sea el nombre de Dios bendito.

Pero, Señor, dirá alguno.—Que padezcan los hombres malos, se comprende bien; pero que padezcan los justos como Job, ¡oh! eso no se entiende.—Sí, amados míos, se entiende; porque no toda pena es castigo de pecados propios personales, sino que basta el pecado original. Los hombres buenos nacieron malos, es decir, manchados, y con las cruces y tribulaciones se purifican más y más y acrecientan el brillo de su corona. Sin las cruces, tal vez se tornarían malos y perderían su alma, por no hallarse conformidad entre ellos y Jesucristo; y aun cuando así no fuera, ¿quién no sabe que los buenos, sufriendo con mérito, pueden obtener la conversión de los malos y granjear grandes bienes para sí y para el prójimo?

Pero dejando aparte este lenitivo, ó sea la consideración de que todas las tribulaciones que padecemos vienen de Dios como de Padre amantísimo, para bien nuestro, fijémonos solamente en las palabras del Apóstol. Dice así: «Si padecemos con Cristo, es para que seamos también glorificados con El.» (*Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.*)

¡Qué palabras! ¿Quién no se anima, y aun se regocija en los pa-

(1) Probasti nos, Deus; igne nos examinasti, sicut examinatur argentum. (Psalmo LXV, 10.)—Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est. sit nomen Domini benedictum. (Job, I, 21.)

decimientos, sabiendo que por ellos ha de ser glorificado con Cristo? Si hay fe en nuestros corazones, ¿quién, con la parte superior de su espíritu, no desea más y más padecimientos por asemejarse más á Cristo y recibir mayor corona y mayor gloria?

Es verdad que la naturaleza flaca rehusa el padecer, pero el espíritu está pronto, y gran lenitivo es en los sufrimientos el poder decir: «Soy heredero de Dios vivo, y juntamente coheredero de Dios-hombre muerto. Para poseer en el cielo la herencia de Dios vivo, debo vivir según el espíritu de Dios-hombre muerto; esto es: así como Cristo padeció y murió en su cruz, por hacer la voluntad de su Padre celestial, así yo también, por cumplir la voluntad de Dios, debo padecer y morir por Cristo y con Cristo en mi cruz, porque sé que sin la participación de la cruz, no hay participación de la gloria, y que si ahora padezco con Cristo, he de ser conglorificado con Cristo. (*Si tamen compatimur ut et conglorificemur.*)

Por último, San Pablo, en la Epístola de hoy, nos indica como lenitivo á todas nuestras penas, la enorme diferencia que hay entre lo que ahora podemos padecer y lo que en la otra vida podemos gozar, supuesto que suframos con paciencia. *Entiendo*—dice—que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros.» (Verso 18.) Que es como si dijera: «Ahora, un pequeño padecer; luego, un eterno gozar. Pequeños son los padecimientos, aunque sean intensos; porque son temporales y deben reputarse como nada en comparación de la eternidad de goces que el Señor nos tiene preparados en el cielo, si en este mundo llevamos nuestra cruz con paciencia y resignación cristianas.

En suma, amados míos: las aficciones de esta vida son necesarias como inherentes á nuestra naturaleza degradada; y efecto de eso, podemos decir que morimos á cada instante, y que sólo seguimos viviendo para sufrir la muerte de distinta manera (1). Las tribulaciones y cruces que continuamente nos agobian, son necesarias para expiar los pecados, para mitigar las concupiscencias, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, para practicar las virtudes y para acrecentar nuestros méritos y muchos grados de gloria en el cielo.

Quien esto atentamente considere, si en verdad tiene fe, experimentará en sí mismo, que las cruces, por amargas que sean, reci-

(1) Nuestra vida, dijo San Agustín, no debemos llamarla vida, sino muerte. (Quae non est dicenda vita, sed mors. Lib. de las meditaciones, cap. XXI.)

ben dulzura y alivio con el amor de Dios y la esperanza del cielo. Así lo han testificado muchos Santos, en especial Santa Catalina de Sena, de quien leemos que miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras. Si bien se considera, en la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero gozo, el verdadero consuelo y la alegría verdadera. Abrazadla, cristianos míos; abrazadla por amor de Dios y veréis por experiencia que, aun siendo las tribulaciones las mismas, padeceréis menos, tal vez con placer, y siempre con grande mérito, y corona y gloria en esta y en la otra vida, por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo IV después de Pentecostés.

#### Modo de soportar los padecimientos.

**H**ERMANOS míos carísimos: «Entiendo que no son de comparar los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros; porque el gran deseo de la criatura espera la manifestación de los hijos de Dios; porque la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel que la sometió con esperanza; porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción y pasará á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen y están llenas de dolores, y no sólo ellas, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu Santo, esperando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.» (Rom., VIII, 18 á 24).

Tal es, amados míos, la Epístola que en la presente Dominica pone á nuestra consideración la santa Iglesia católica. En ella nos muestra el Apóstol San Pablo que las tribulaciones y penalidades de esta vida, por grandes y aflictivas que ellas sean, son como nada en comparación de la gloria que el Señor tiene preparada á los que las soportan cristianamente. Y dando después (por prosopopeya) sentimiento y vida á las criaturas inanimadas, hácenos ver que todas sufren violencia á su modo, y que principalmente nos-

otros gemimos en este valle de miserias, esperando la adopción perfecta de hijos de Dios, y la redención de nuestros cuerpos, ó sea la resurrección gloriosa, con la cual quedarán exentos de la muerte y de los padecimientos, que ahora tanto nos afligen y conturban.

Ya os he indicado en otra ocasión *la necesidad* en que todos nos encontramos de padecer y *el lenitivo* que el mismo Apóstol nos ofrece, diciendo que «*si ahora padecemos con Cristo, después seremos conglorificados con el mismo Cristo*», y por tanto, hoy sólo intento mostraros dos cosas:

- 1.<sup>a</sup> El regocijo que deben causarnos los padecimientos.
- 2.<sup>a</sup> Los motivos para soportarlos con paciencia.

#### PUNTO 1.<sup>o</sup>

##### DEL REGOCIJO EN EL PADECER

Tarea inútil parece querer persuadir á los hijos de Adán que los padecimientos, ya sean corporales, ya espirituales, pueden y deben causarnos cierta complacencia; pues como ellos ofrecen tan mala cara y tanto perturban á la humana naturaleza, fórmase de los sufrimientos una idea equivocada, considerándolos como males absolutos, cuando en realidad pueden ser bienes, y constituir para el hombre rico tesoro de merecimientos.

¿Quién nos envía los padecimientos?—Dios.—Luego no pueden ser en sí mismos cosa mala, porque Dios nada hace malo. «Yo—dijo el Señor en el Apocalipsis—á los que amo, reprendo y castigo (1).» Es decir: «reprendo y castigo á los malos, por el amor que los tengo, para que se hagan buenos; reprendo y castigo también á los buenos, para que se hagan mejores, para ejercitar su paciencia, para aumentar sus méritos, para mantenerlos en la humildad, para hacerles espiar sus culpas pasadas ó para manifestar con mayor brillo mi bondad, mi poder y mi sabiduría». Así aconteció en la resurrección de Lázaro y en otros muchos milagros que el Señor obró con admiración de todo el pueblo.

Donde se ve que las cruces, aunque en verdad sean pesadas á la naturaleza, producen grandes bienes, y en este sentido pueden y deben considerarse como fundamento de temporales y eternos regocijos. Un operario trabaja, suda y se afana todo el día, sopor-

(1) Ego, quos amo, arguo et castigo. (Apocal., IV, 19.)